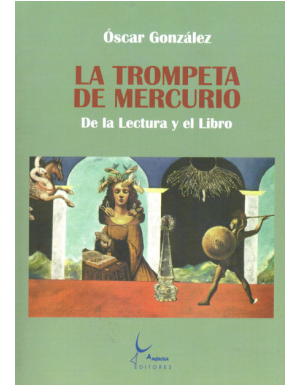


La trompeta de mercurio

De la lectura y el libro

Óscar Jairo González
Medellín: Ambrosía Editores, 2013

Por Hilderman Cardona-Rodas¹
Universidad de Medellín



Óscar Jairo González en su libro *La trompeta de Mercurio. De la lectura y el libro*, traza un juego de satánicos sortilegios y de chamanismos mágicos de la palabra. Para mostrar cómo el autor (de)construye esta poética de devenir intenso en la experiencia límite de un habla que se interroga entre Él y Ella cuando se leen a sí mismos, he elegido algunos apartes del libro *La trompeta de Mercurio* junto con algunos fragmento del último capítulo del *Diálogo inconcluso* de Maurice Blanchot llamado “La ausencia del libro”. Comencemos.

“No hay Lectura solitaria. O Lees con el Otro o ya no podrás Leer, le dice ella a él y se precipita entre ambos un mar de palabras huecas y los apresa la lava del silencio. Leían para lavarse de la tiniebla” (González, 2013, p. 21)

Así, “nuestras palabras se hallan poseídas por el viento” (González, 2013, p. 29). Se proyectan aquí las palabras de Stéphane Mallarmé cuando dice: “este juego insensato de escribir”. “Palabras muy simples, pero también palabras que exigirán mucho tiempo —diversas experiencias, el trabajo del mundo, innumerables malentendidos, obras perdidas y dispersas, el movimiento del saber, el giro, finalmente, de una crisis infinita— para que se comience a comprender la decisión que se prepara a partir de este fin de la escritura que anuncia su advenimiento” (Blanchot, 1970, p. 647). Se lee solo en apariencia, “pero quien escribió por primera vez, grabando bajo los antiguos cielos la piedra y la made-

¹ Historiador y magister en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Doctorando en Antropología Médica de la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona-España. Profesor de tiempo completo e investigador del Departamento de Ciencia Sociales y Humanas de la Universidad de Medellín, donde es editor de la revista *Ciencias Sociales y Educación*. Correo electrónico: hildemanc@yahoo.es

ra, lejos de responder a la exigencia de una visión que reclamase un punto de referencia y le diese un sentido, cambió todas las relaciones entre ver y visible. Lo que dejaba detrás no era algo más agregándose a las cosas; tampoco era algo menos —una substracción de materia, un hueco en relación a un relieve—. ¿Qué era entonces? Un vacío de universo: nada visible, nada invisible. Supongo que en esta ausencia no ausente el primer lector zozobró, pero sin saberlo, y no hubo segundo lector, porque la lectura, entendida a partir de entonces como la visión de una presencia inmediatamente visible, vale decir inteligible, fue afirmada precisamente para hacer imposible esta desaparición en la *ausencia de libro*.” (Blanchot, 1970, p. 647)

Dice Óscar González, en un frenesí de impulsos alquimísticos, que “esa noche los cuerpos hasta ahora inviolados se lanzaron sobre sí y se cubrieron hasta ocultarse en medio de la irrupción excitada de los besos. Mientras tanto Leían en el intenso y tenso campo del cuerpo, y los sentidos se abrían pronunciando sus nombres. Lectores del cuerpo se acercaban a ellos y los envolvían en perfumes y bálsamo. Ella le dice a él: Sería maravilloso hallar allí el Libro del Maleficio y la Perdición, puesto que no queremos ser salvados. No hay Libro de Salvación se dicen” (González, 2013, p. 28). Es así como, siguiendo a Blanchot, “El libro es el a-priori del saber. No se sabría nada si no existiese siempre de antemano la memoria impersonal del libro y, esencialmente, la actitud previa al escribir y leer que detenta todo libro y que solo se afirma en él” (Blanchot, 1970, p. 648).

El libro incluye el saber como la presencia de algo virtualmente presente; por ello la relación entre Él y Ella, siempre inmediatamente accesible, estimulada, excitada, por la irrupción de los besos en la posibilidad de lo que vendrá. “El libro envuelve, desenvuelve el tiempo y conserva ese desenvolverse como la continuidad de una *presencia* donde se actualizan presente, pasado y futuro” (Blanchot, 1970, p. 648). Cuerpos que se acechan en el perfume ávido de la presencia que se embrolla en la escritura destinada a la agonía.

“Tarde en la noche recordaron también que Leer era ser Leídos y que él sueña es porque es soñado por otro. Leyeron esa noche el Libro de sus propios sueños. Él le dice a ella que su rostro de ese instante sin el Velo de Isis le revela un Mar de Estrella” (González, 2013, p. 31). He aquí los cuerpos purpúreos de flameantes bocas en el juego satánico y de chamanismos mágicos en el sortilegio de la palabra. Soldados y frailes, ángeles y demonios, mujer y hombre. Este es el cráter de oro, cráter de madrugada y de atardecer, bullicio del vino, androginia de las bivalencias, donde la región del ánfora cristalina de idílicos filtros químicos y alquimísticos, en la región de superficies enigmáticas, caverna y montaña en concomitancia, donde habitan los efectos sonoros, los efectos ópticos y los efectos de lenguaje de fermentación y de corrupción, por donde circula “el líquido tesoro que enloquece las mentes y elide los deseos”.

El líquido tesoro de la palabra leída se ve en el rostro que revela un mar de estrellas donde, indica Friedrich Hölderlin, “vacilan y caen los hombres sufridos, ciegos, de una hora en la otra, como aguas de roca en roca lanzados, eternamente hacia lo incierto” del beso narrado de la ausencia deseante, pues “ella le dice: ¿Qué has traído para mí? Él le contesta: Este libro: “Gaspar de la Nuit” que ha sido mi talismán y que tiene las huellas de mis dedos calcinados. No lo Lees sino cuando te estés quemando de deseo. Leer es desear. No me ames por lo que soy sino por lo que nunca seré, aquello que está irrealizado en mí. Germen luminoso” (González, 2013, p. 38). No me ames por lo que soy, ámame por lo que alguna vez seré en cuanto mezcla mutante modelada por el forcejeo del olvido ante la locura pálida e incandescente del éxtasis, de los astros, los apetitos y sus dientes de deseo de madrugada. Trasmutación en espiral de la boca felina de la primera fundación: la Imagen del mundo a través del aire cálido y lúgubre, los hielos permanentes y de miel sonora de lo sagrado en el que se imprime el simulacro de la primera tumba y del primer perfume ebrio de la trasmutación. El espacio pagano, suma de las prácticas locales, se constituye por la combinatoria de piezas de un cuerpo de divinidades rústicas, lugar de la memoria donde el politeísmo o el paganismo despliegan la piel del elemento local antes del nacimiento del verbo. El vestido de Arlequín nos sirve para comprender este plano proyectivo del *estar ahí* habitando los lugares propios de los seres dotados de vida. Aquí yacen Él y Ella que solo se ven cuando están hechizados en la ley del sacrificio de una primera fundación.

Se trata de la conversión del rostro de lo divino, de lo sagrado, de la risa y de la voz del Creador. El Ebrio pasa, absorbe el vino, esconde su cabellera doliente y le asalta una nueva amargura, nuevos despojos, aparece la azul locura, el licor que horada la tranquilidad sonora: “Ella le dice a él: Yo siempre intuía con temor que el Libro venía por mí y que por lo mismo debía estar preparada para recibirlo. No tenía intención, pues, de habitar en el Libro sino de recibirlo. Y, como tal, y de ese modo yo conocía en el Libro y el Libro me conocía. Conocí el Libro por palpitos y así lo Leía y agonizaba.” (González, 2013, p. 55). Una cópula mágica en el espectáculo de muerte y de vida, de verdad y de mentira que brillan, ambos, en la constelación de una esfera, donde lo Uno puede ser lo Otro, donde no se trata de la interioridad del libro ni su sentido siempre eludido, es un encuentro contenido en una química de sensaciones en una ausencia de obra que siempre agoniza al entregar la palabra a los labios de otro.

“Escribir se relaciona con la ausencia de obra, pero se invierte en la Obra bajo la forma de libro. La locura de escribir —el juego insensato— es la relación de escritura, relación que no se establece entre la escritura y la producción del libro, sino, mediante la producción del libro, entre escribir y la ausencia de obra. Escribir es producir la ausencia de obra (el “desobrar” la ociosidad de la escritura). Puede también decirse que escribir es la ausencia de obra tal como ella

se produce a través de la obra y atravesándola. Escribir como ociosidad de la escritura (en el sentido activo de esta palabra) es el juego insensato, el albur, lo aleatorio, lo imprevisible entre razón y sinrazón.” (Blanchot, 1970, p. 649) Escribir no tiene su fin en libro o en la obra, pues “cada vez yo necesitaba más que tú hallarás en mi Libro nuestro Libro y pudiésemos entonces Leer aquello que sería nuestro y de todos. Todo lo medimos y calculamos. ¿Qué se hizo entonces con nuestra tarea y dónde están Penélope y Ulises, que nunca conocieron el Libro que los relató? Ella y él llamaron a la Musa y comenzaron a escribir y escribirse. Grabaron el nombre de la Madre y del Padre en su crueldad y en su cólera.” (González, 2013, p. 58) Al escribir estamos en la atracción de la ausencia de la obra, ella se despliega como caja negra en las posibilidades de lo imprevisible de aquello que se relata como presencia.

Invito entonces a ser atraído por el juego insensato de *La trompeta de Mercurio*. De la lectura y el libro, el cual se sumerge en las turbulentas sensaciones de un afuera de carne que carcome y desgarrar la presencia de Él y Ella, al encontrarse en la corporalidad de la palabra que toca, oye y ve, proyectando un lenguaje abrasador en un germen luminoso de lo que muere y nace en cada encuentro.

Referencias bibliográficas

Blanchot, Maurice (1970). El diálogo inconcluso. Caracas: Monteavila.

González, Óscar Jairo (2013). La trompeta de mercurio. De la lectura y el libro, Medellín: Ambrosía Editores.